



RECURRENCIA DE UNA «PARADOJA» EN LA TEORÍA E HISTORIA LITERARIAS: SOBRE LA *INEXISTENCIA* DE LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Antonio Fernández Ferrer
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

...cuando se le preguntó qué opinaba de la civilización occidental pronunció la famosa respuesta: «Creo que sería una buena idea» (Salman Rushdie, «Gandhi, ahora»).

La afirmación «la literatura hispanoamericana no existe» puede parecer, enunciada en un contexto académico, no mucho menos sorprendente que aquellas famosas aseveraciones lacanianas del tipo «la mujer no existe» o «la relación sexual no existe», pero, a lo largo de hace ya más de un siglo, muchas ocasiones han escuchado esta *afirmación* tan aparentemente paradójica. El propósito de mi comunicación será evocar algunos de los significados de varias de estas menciones de la inexistencia de algo que, por cierto, como diría Juan de Mairena, nos da de comer a parte sustancial del gremio de profesores y afines.

Como se sabe, los llamados *Cuadernos de apuntes* de Martí atesoran prodigios muchas veces insospechados, a menudo hallazgos que parecen escritos pasado mañana. De este asombroso inventario de las anotaciones martianas, seleccionaré una que es recurrentemente citada y que parece la formulación arquetípica de un pensamiento que retorna cíclicamente en la teoría e historia literarias latinoamericanas:

[...] Porque tenemos alardes y vagidos de Literatura propia, y materia prima de ella, y notas sueltas vibrantes poderosísimas –mas no Literatura propia. No hay letras, que son expresión, hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura hispanoamericana, hasta que no haya –Hispanoamérica. Estamos en tiempo de ebullición, no de condensación; de mezcla de elementos, no de obra enérgica de elementos unidos. Están luchando las especies por el dominio en la unidad del género –el apego hidalgo a lo pasado cierra el paso al anhelo apostólico de lo porvenir. Los patricios, y los neopatricios se oponen a que gocen de su derecho de unidad los libertos y los plebeyos. Temen que les arrebaten su preponderancia natural o no les reconozcan en el Gbno. su parte legítima –se apegan los indios con exceso y ardor a su Gbno. La práctica sesuda se impone a la teoría ligera. Las instituciones que nacen de los propios elementos del país, únicas durables, van asentándose, trabajosa pero seguramente, sobre las instituciones importadas, cañales al menor soplo del viento. Siglos tarda en crearse lo que ha de

durar siglos. Las obras magnas de las letras han sido siempre expresión de épocas magnas. Al pueblo indeterminado ¡literatura indeterminada! Mas apenas se acercan los elementos del pueblo a la unión, acercánse y condénsanse en una gran obra profética los elementos de su Literatura. Lamentémonos, ahora, de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque ésa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo –que ha de reflejar. ¿Se unirán, en consorcio urgente, esencial y bendito, los pueblos conexas y antiguos de América? ¿Se dividirán, por ambiciones de vientre y celos de villorrio, en nacionillas desmeduladas, laterales, dialécticas...?¹

Convendría, ante todo, contextualizar esta inquietante anotación, enunciada por Martí tan magmáticamente como de costumbre. Está fechada en 1881 y, por aquel entonces, el esforzado colombiano José María Torres Caicedo (1830-1889) lleva ya bregando con el término «América latina» (aportado anteriormente, en su sentido contemporáneo, por el chileno Francisco Bilbao) más de veinticinco años, para diferenciarla, como conjunto, frente a la «América sajona».² Sería, además, el propio Torres Caicedo quien, con sus *Ensayos biográficos y de crítica literaria...*,³ publicados entre 1863 y 1868, quien aportaría «no[...]exactamente una historia de la literatura en el sentido moderno del término, pero sí lo que se puede considerar como el primer intento de agrupación global de escritores del continente americano (poetas y prosistas)».⁴ Por otra parte, las reflexiones de Martí eran casi coincidentes –sólo en el tiempo, por supuesto– con las que exponía Marcelino Menéndez y Pelayo en su *Defensa del programa de literatura española* (1878) donde se vindicaba el «genio nacional» español, fundado en la «idea de la unidad peninsular». Menéndez Pelayo, como

¹ José Martí, «Cuaderno de apuntes, 5 (1881)», *Obras completas*, vol. 21, *Cuadernos de apuntes*, La Habana: Editorial Nacional de Cuba, 1965, págs. 163-64.

² Miguel Rojas Mix, *Los cien nombres de América*, Barcelona: Lumen, 1991, págs. 343 y ss. Por mi parte, no me referiré al laberinto nominalista y a sus interminables y proteicas aporías. Así mismo, los estrechos límites de mi trabajo me impiden relacionar el problema que trato con las también recurrentes afirmaciones acerca de la inexistencia de Hispanoamérica. Véase, por ejemplo, Manuel Lucena Salmoral, «La cultura hispanoamericana: ¿Mito o realidad? Notas para un Seminario», *Universitas Humanistica*, (Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Filosofía y Letras, Bogotá), n.º 1, mayo, 1971.

³ *Ensayos biográficos y de crítica literaria (sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de América Latina)*, 3 vols., París: Guillaumin&Cía., 1863-1868; *Ensayos biográficos y de crítica literaria (sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos hispanoamericanos)*. *Primera serie*, vol. II, *id.*, 1863; *Ensayos biográficos y de crítica literaria (sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América Latina)*. *Segunda serie*, París: Baudry, Librería Europea, Dramard-Baudry & Cia., Sucesores, 1868. Sobre Torres Caicedo, véase: Arturo Ardao, *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas: Centro de Estudios Rómulo Gallegos, 1980. Todavía en 1849, Sarmiento se veía obligado a insistir en los beneficios de la separación literaria entre España y América (véase: Efraín Kristal, «En torno a la historia del concepto de historia literaria hispanoamericana», en: *Teoría/Crítica*, Universidad de Alicante, vol. 1, 1994, págs. 195-96).

⁴ Beatriz González Stephan, *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*, Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1985, pág. 190.



se sabe, constituye el ejemplo modélico de la identificación reductora con la idea de Nación culturalmente unitarista que suponía la decisiva esclerotización de los ideales fundacionales de la moderna historiografía literaria que habían caracterizado a su genitor Friedrich Schlegel, floreciendo más tarde en las *Historias de la literatura* de Georg Gottfried Gervinus (1835-1842) y de Francesco de Sanctis (1870-1871), entre otros destacados eruditos fundadores de la disciplina.

En consecuencia, las aseveraciones martianas sobre la inexistencia de la literatura hispanoamericana se deberían entender en su concepción historicista, pero, como la comparación con Menéndez Pelayo nos muestra, en el caso del autor de «Nuestra América», prima el generoso espíritu fundacional que la perspectiva tuvo en Friedrich Schlegel y en sus mejores discípulos antes de fosilizarse en esquemas y conceptualizaciones reductivas. Si Hispanoamérica no había logrado su unificación, Martí, en su analogía nación/literatura, no estaba dispuesto a conceder que su sueño se iba a reducir a un concepto meramente estético y libresco que podría ser útil para los concienzudos manualistas y académicos, pero no para alguien del talante del autor cubano. Por otra parte, Martí no dejaba de proponer los contenidos de la autoridad cultural como eje normativo del «nosotros» latinoamericano y, al propio tiempo, investía a la literatura de una misión «compensatoria»: «la reconstrucción –a partir de las ruinas y desechos de la experiencia– de la totalidad de lo *uno*, el fundamento, el origen perdido tras la fragmentación desatada por la división del trabajo, la economía racionalizadora y el desencantamiento del mundo».⁵ Pero también podemos leer el párrafo martiano, entre otras inagotables posibilidades de resonancias, como artificio retórico denegativo: si se postula la inexistencia de la literatura hispanoamericana es porque íntimamente se está convencido de su existencia, al menos como «imagen» motriz (y no hace falta profesar el lezamismo más estricto para comprender que, a ese nivel, el concepto opera como motor intelectual).

Resulta aleccionador confrontar las anotaciones martianas con exposiciones coetáneas como las de Francisco Sosa en su volumen de ensayos titulado *Escritores y poetas Sud-americanos* (México: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1890) que estudió Rosalba Campra, en lo que supone de clara «voluntad de conocimiento que se expresa en la tentativa de constitución de un corpus»: «El texto de Sosa define con nitidez, gracias a sus mismos límites, las líneas de una construcción ideológica que trata de naturalizarse y presentar el problema –aún hoy no resuelto– de una formulación unitaria de lo americano como si se tratara de un hecho incuestionable, o bien como si su solución radicaría en enunciar su existencia literaria».⁶ «El concepto de unidad, en referencia a

⁵ Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, pág. 242.

⁶ Rosalba Campra, «La búsqueda de categorías críticas en el siglo XIX: *Escritores y poetas sud-americanos* de Francisco Sosa», *Filología* (I. de F. y Literaturas Hispánicas «Dr. Amado Alonso»), n.º monográfico: «La(s) historia(s) de la literatura», XXII, 2, 1987, págs. 27-43.

Hispanoamérica, era, entonces como ahora, a la vez una obviedad y una pregunta, una constatación y un problema no resuelto» (*op. cit.*, pág. 33) y Sosa lo sitúa en el extremo digamos complementario a la perspectiva martiana: «[...] en pos de la fraternidad literaria que su lectura engendrará a no dudarlo, vendrá por modo natural y sencillo la fraternidad política, las íntimas y estrechas relaciones internacionales, y de allí la unión y la fuerza de los Estados hispanoamericanos en cuyos destinos futuros tenemos gran fe». ⁷ Sería útil analizar estas perspectivas desde las aportaciones propiciadas por la denominada «Teoría de los polisistemas», cuando Itamar Even-Zohar señala la relevancia decisivamente estructuradora de las nacionalidades europeas que tuvo la literatura como construcción conceptual. ⁸

Por su parte, el escritor cubano Roberto Fernández Retamar tomó la anotación de Martí como auténtico leit-motiv emblemático de su estudio *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (la primera versión se publicó en 1975) y a lo largo de este libro, en numerosas ocasiones, la interpreta como testimonio de la denuncia martiana de la falta de un arte propiamente hispanoamericano; como manifestación de una carencia mucho más dramática que sólo tendría solución política; también relaciona la anotación con la protesta martiana del sucursalismo estético de los pueblos que se conforman con el «manjar rehervido» que les viene de la metrópoli»; su carácter representativo de lo que supone el Modernismo iniciado por la obra de Martí como ese «primer momento en que nuestra literatura adquiere una coherencia ya no dependiente del mundo español, sobre el cual, por el contrario, va a ejercer influencia, mientras ella se remite a una pluralidad de fuentes en busca de su definición» (pág. 84); como manifestación de la necesidad, para que podamos hablar de una literatura determinada, de que exista, como «entidad histórica suficiente, la zona de que es literatura»; la constatación de que los proyectos de los libertadores de la Independencia americana (el bolivariano, en primer término) no se han realizado; su profética vocación de luchador por la existencia de Latinoamérica: «Hablar, pues, aunque sólo sea de una obra literaria latinoamericana, significa haber pasado, a sabiendas o no, a las tormentas de la historia. Es lo que percibió con toda claridad Martí, y llevó a sus últimas consecuencias: para que hubiera literatura latinoamericana tenía que haber Latinoamérica; y se dio a hacerla, con lo que, en un movimiento característico del tercer mundo, abrió la aventura estética a una empresa ontológica de raíz política», concluye el autor de *Calibán*. ⁹

Poco más de veinte años después de que Martí anotara sus observaciones, el

⁷ F. Sosa, *op. cit.*, pág. XV (citado por Campra, *art. cit.*, pág. 31).

⁸ Itamar Even-Zohar: «La función de la literatura en la creación de las naciones de Europa», en: Darío Villanueva (compilador), *Avances en la Teoría de la Literatura (Estética de la Recepción, Pragmática, Teoría Empírica y Teoría de los polisistemas)*, Universidade de Santiago de Compostela, 1994, págs. 357-77.

⁹ Roberto Fernández Retamar, *Para una teoría de la literatura hispanoamericana. Primera edición completa*, Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995, pág. 210.

profesor norteamericano Alfred Coester, para contestar a su inquietante duda («But shall we call Spanish-American writings literature?»), responde con una anécdota sumamente reveladora de que la anotación martiana no se trataba de una excentricidad. Coester cita una opinión atribuida a Bartolomé Mitre (1821-1906)¹⁰ quien precisamente abominaba de lo que él mismo solía llamar las «Republiquetas» hispanoamericanas:

A professor in Argentina wished a few years ago to establish a course for students in Spanish-American literature. The plan was opposed by Bartolomé Mitre ex-President of the republic and himself a poet and historian of the first rank, on the ground that such a thing did not exist. He held the view that mere numbers of books did not form a literature; though united by the bond of a common language, the printed productions of Spanish Americans had no logical union nor gave evidence of an evolution toward a definite goal. On the other hand, he admitted that their «literary productions might be considered, not as models but as facts, classified as the expression of their social life during three periods, the colonial epoch, the struggle for freedom, and the independent existence of the several republics».¹¹

Unos cuarenta años después de que Martí anotase en su cuaderno caraqueño la negación de la existencia de la «literatura hispanoamericana», el erudito colombiano Baldomero Sanín Cano se plantea el mismo interrogante desazonador. Recuerda, no sin ironía, el empeño «aparentemente cariñoso de Menéndez Pelayo por darles a conocer a sus compatriotas la obra de algunos poetas americanos en sus prólogos a los varios tomos de la famosa antología».¹² A continuación, tras atacar la superficialidad de los críticos españoles (con las estimables salvedades de Araquistain, Díez-Canedo, Américo Castro, Andrenio y Ramón Pérez de Ayala), Sanín Cano lamenta que «la primera tentativa de historia literaria hispanoamericana se deba a un extranjero». El escritor colombiano se refiere a

¹⁰ Recordemos que en 1870, dos años después de dejar la presidencia, Mitre funda *La Nación* y precisamente en 1887 y 1888 le propuso a Martí que se trasladase a Buenos Aires como redactor. Por otra parte, según Benedict Anderson (*Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres: Verso/New Left Books, 1983), el periodismo fue elemento esencial como propiciador de la «imagen» de la nacionalidad de lo que denomina «imagined community», y la falta de una red comunicativa entre las diferentes zonas del continente latinoamericano puede relacionarse con su carencia de unidad, a diferencia de los Estados Unidos (cfr. Julio Ramos, *op. cit.*, pág. 93).

¹¹ Coester, *The Literary History of Spanish America*, Nueva York: Macmillan, 1916, págs. VII-VIII. La anécdota la cita Roberto González Echeverría en «A brief history of the history of Spanish American Literature», en R. G. E. & Enrique Pupo-Walker (eds.), *The Cambridge History of Latin American Literature*, vol. I, *Discovery to Modernism*, Cambridge University Press, 1996, págs. 21-22. En la versión castellana del manual de Coester, se han eliminado estas y otras páginas del original inglés.

¹² Baldomero Sanín Cano, «¿Existe una literatura hispanoamericana?», ensayo recogido en *El oficio de lector*, compilación, prólogo y cronología de Juan Gustavo Cobo Borda, Caracas: Ayacucho, [1979], págs. 71-75.

la citada *Literary History of Spanish America*, de Coester,¹³ pero, a pesar de esos esfuerzos de estudiosos extranjeros y los anteriormente mencionados de españoles, no le parecen suficientes como para que se pueda responder, aun en términos muy diferentes a la riqueza y expresividad de las reflexiones martianas, de forma afirmativa a la pregunta acerca de la existencia de la literatura hispanoamericana:

Estos ejemplos sirven para mostrar la diversidad de respuestas dadas a la indiscreta pregunta con que se abren estas consideraciones. Estudiando con la debida cautela la vida literaria de estos países, no es posible llegar a la conclusión de que exista una literatura hispanoamericana. Los libros prominentes están escritos en una lengua común. No puede negarse que en ciertas épocas hubo estados de espíritu predominantes en toda la extensión del continente: las tradiciones españolas ejercieron influjo sobre los escritores, muchas veces en contra de sus sentimientos: los modelos fueron también comunes, y en muchas de estas repúblicas se puede señalar el predominio de los maestros franceses sobre los españoles y la onda de simpatía provocadora de imitaciones que alzó el nombre de Byron, a principios de siglo, de un extremo a otro del continente libre. Pero, a pesar de estas semejanzas y de estas comunes orientaciones, de medio siglo a esta parte las corrientes europeas llegan a hora distinta y producen efectos de vario significado en los diversos países. De más de esto, a causa de la incomunicación en que vivimos, las diferencias espirituales entre unos pueblos y otros se tornan cada vez más significantes. El lazo común de estos pueblos no es en rigor el idioma sino el viaje a Europa, la caravansera a París. Es en el Viejo Mundo donde los hispanoamericanos descubrimos el lazo que nos une espiritualmente (*op. cit.*, pág. 73).

Si, después de las afirmaciones de Sanín Cano, damos una zancada cronológica de otros cuarenta años, volvemos a encontrar la consabida negación en el escritor brasileño Jorge Amado:

Le tengo horror al término «Literatura Latinoamericana». Es una frase al mismo tiempo colonial y colonialista. Cuando es empleado por los europeos es un

¹³ Nueva York: The Mac Millan Co., 1916; la traducción castellana estuvo a cargo de Rómulo Tovar: *Historia literaria de la América Española*, Madrid, Victoriano Suárez, 1929. Como en el caso de Sanín Cano, se suelen citar siempre como primeras historias globales de la literatura hispanoamericana, la del norteamericano Coester y la del alemán Max Leopold Wagner (*Die Spanisch Amerikanische Literatur in ihren Hauptströmungen*, Leipzig-Berlín: B. G. Teubner, 1924), pero, como señala acertadamente González Stephan (*op. cit.*, págs. 43-54), ya en el XIX algunos intelectuales, empezando por el argentino Juan María Gutiérrez –autor del volumen antológico titulado *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo* (Valparaíso, Imprenta de «El Mercurio», 1846)– plantearon la necesidad de estudiar e historizar la producción literaria hispanoamericana desde una perspectiva continental. Y, desde luego, hay que tener en cuenta que, cuando no se siguen servilmente los patrones conceptuales marcados por los historiadores «canónicos» no latinoamericanos, se descubre sin dificultad un importantísimo filón de contribuciones hispanoamericanas que, al menos desde el siglo XVIII, exponen ya una nítida conciencia de voluntad literaria continentalista, incluso con antelación a las perspectivas dominantes en Europa con referencia a las respectivas literaturas nacionales.

término que agrupa a todo nuestro continente en un ghetto. Reúnen veintitantos países como si se tratara de una sola literatura. En realidad son literaturas diferentes. No hay nada más distinto en el mundo que un escritor brasileño y un escritor argentino. No sólo son diferentes, sino opuestos. Lo mismo acontece con un escritor cubano y un uruguayo. Cuando el término es empleado por un latinoamericano tiene una connotación colonial, indica que el sujeto es fruto de Europa, ligado a España, deslumbrado con las cosas de allá. Y lo peor es que cuando hablan de literatura latinoamericana se refieren en general a la literatura de los países de habla hispana, omitiendo dos de las más importantes literaturas del continente, la brasileña y la haitiana, porque no son producidas en el idioma español. La literatura brasileña es, desde hace mucho tiempo, la más poderosa del continente latinoamericano. La novelística haitiana es simplemente magnífica, de unos poetas y novelistas extraordinarios¹⁴.

Podríamos seleccionar opiniones de otros muchos escritores latinoamericanos contemporáneos, dichas con afán boutadesco más o menos intencionado, pero, sin duda, también conviene que reparemos, aunque sea levemente, en las variaciones de criterio incluso en el caso de un mismo escritor. Así, por ejemplo, resulta sumamente curioso que Octavio Paz diese, con menos de una década de diferencia, dos respuestas sustancialmente distintas a la misma pregunta. Veamos, por una parte, lo que nos dice el autor de *El laberinto de la soledad* en unas páginas publicadas en 1967:

La misión de la crítica [...] no es inventar obras sino ponerlas en relación: disponerlas, descubrir su posición dentro del conjunto y de acuerdo con las predisposiciones y tendencias de cada una. En este sentido, la crítica tiene una función creadora: inventar una literatura (una perspectiva, un orden) a partir de las obras. Esto es lo que no ha hecho nuestra crítica. Por tal razón no hay una literatura hispanoamericana aunque exista ya un conjunto de obras importantes¹⁵.

¹⁴ Jorge Amado, en: Antonio Amaury, «Jorge Amado contra la literatura latinoamericana», *El Universal*, (Caracas), 19, diciembre, 1977. Citado por Carlos Rincón, *El cambio en la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana*, [Bogotá]: Instituto Colombiano de Cultura [Colección Autores Nacionales], 1978, págs. 202-203. Cfr. otras opiniones análogas, aunque desde otra perspectiva, en: Antonio Fernández Ferrer (ed.), *Borges A/Z*, Madrid: Siruela, 1988, págs. 126-127, 154-155 y 253-254. Veáanse, también de Borges, las respuestas a Rosalba Campra (*América Latina: la identidad y la máscara*, México: Siglo XXI, 1987, págs. 125-126): «De modo que yo diría, a priori -yo no conozco los otros autores, o los conozco muy poco-, que no hay una "literatura latinoamericana". [...] Es una generalización, como lo que sucede con Estados Unidos. Un hombre de New England, que tiene una tradición puritana, es muy distinto de un hombre de Texas, que fue poblado por aventureros, o muy distinto de un hombre de California. Pero aquí es aún más marcado, de modo que yo diría que hablamos de América Latina por comodidad, por haraganería, por la necesidad de generalizar. Hablamos de países, de razas, de naciones, pero la única realidad es que son individuos, y según ciertos filósofos ni siquiera individuos, porque, muchos, por ejemplo Bradley y otros han negado el "yo"; ya Heráclito lo dijo: el hombre de ayer no es el hombre de hoy o nadie baja dos veces por el mismo río, no sólo porque el río ha fluido, sino porque el hombre también es un río que fluye» (pág. 126).

¹⁵ Octavio Paz, «Sobre la crítica», en *Corriente alterna*, México: Siglo XXI Editores, 19867, pág. 41. Citado por González Stephan, *op. cit.*, pág. 19.

Sin embargo, el propio autor de *Los hijos del limo*, nueve años después, señala justamente lo contrario:

Es indudable la existencia de la literatura hispanoamericana: las obras están allí, al alcance de los ojos y de la mente. Muchas de esas obras son notables y algunas entre ellas son de verdad únicas. También es indudable que esos poemas, novelas y cuentos sólo podían haber sido escritos por hispanoamericanos y que en esos libros el castellano, sin cesar de ser lo que es, no es ya el mismo que el de los escritores españoles. Agregaré que la literatura latinoamericana es una recién llegada. Es la más joven de las literaturas occidentales.¹⁶

Y, de alguna manera, nada nos impide sospechar que, no sin cierta paradoja, la literatura hispanoamericana tendría, como Mefistófeles, unas ciertas ventajas con la fe en su inexistencia: al menos, la de rehuir las encrucijadas de tópicos «identificativos» de la *hispanoamericanidad* literaria. En un reciente estudio sobre el tema, Claudio Guillén, tratando sobre el concepto de «Europa», ha mostrado la dificultad de ahormar nociones excluyentes de las identidades.¹⁷ Algo parecido se podría deducir de las reflexiones sobre temas similares por parte del escritor argentino Juan José Saer, para quien «Todos los narradores viven en la misma patria: la espesa selva virgen de lo real». En ese sentido, para el autor de *El entenado*, la «literatura latinoamericana» sería un concepto que sobredetermina institucional y/o comercialmente, los procesos de producción y recepción de las obras literarias (en implacable observación, Saer recuerda que los más «grandes escritores» latinoamericanos del siglo XX, aunque presas de los tópicos más extendidos, «son en su mayoría casi desconocidos en Europa y mal leídos en su propio continente»). Por otra parte, el discurso del manual historicista al uso se convierte en conformador reductivo de la lectura de los textos, y no en el simple instrumento auxiliar de apoyo a que debe atenerse su virtualidad:

Es así como ciertas designaciones que deberían ser simplemente informativas y secundarias se convierten, por el solo hecho de existir, en categorías estéticas. Es lo que ocurre, por ejemplo, con la expresión «literatura latinoamericana». Esta expresión, corriente en los medios de difusión y en la obediente crítica universitaria, no se limita a informar sobre el origen de los autores, sino que está cargada de intenciones estéticas y además es portadora de valores; su empleo presupone temas, estilos y una cierta relación estética entre autor y sociedad. Se le atribuyen a la literatura latinoamericana la fuerza, la inocencia estética, el sano primitivismo, el compromiso político. La mayoría de los autores -a sabiendas o no- cae en la trampa de esta sobredeterminación, actuando y escribiendo conforme a las expectativas del público (por no decir, más crudamente, del mercado). Como en la

¹⁶ Octavio Paz, «Alrededores de la literatura hispanoamericana», conferencia de Yale, en 1976, incluida en: *In/mediaciones*, Barcelona: Seix Barral, 1979, pág. 35; *cfr.*, también, *La literatura hispanoamericana por un testigo de vista*, Barcelona: Editorial Crítica, 1989.

¹⁷ Claudio Guillén, *Europa. Ciencia e inconsciencia*, [Valencia]: Ediciones Episteme, S. L., 1997.

edad de oro de la explotación colonial, la mayoría de los escritos latinoamericanos procura al lector europeo ciertos productos que, como pretenden los expertos, escasean en la metrópoli y recuerdan las materias primas y los frutos tropicales que el clima europeo no puede producir: exuberancia, frescura, fuerza, inocencia, retorno a las fuentes.¹⁸

Tan contundente párrafo del autor de *Nadie, nada, nunca* nos sitúa ante uno de los aspectos más significativos de la recurrencia de las preguntas sobre la (in)existencia de la literatura hispanoamericana: en cierto modo, la peculiaridad que supone esa necesidad, reiterada a partir de una época, de su propio cuestionamiento e incluso de su negación más o menos retoricista. Martí, como siempre, es especialmente original y rico en significados: su pregunta, menos formularia que en otros casos (salvo la exclusión de Mitre, que requeriría comentarios particulares) se vincula con la problematicidad del concepto mismo de *literatura* y con el fracaso de la utopía, del ideal continentalista (el propio concepto literario continentalista no deja de ser utópico salvo en la observación de las redes institucionales). En cualquier caso, la pregunta sigue siendo obligada en muchas investigaciones acerca de la consideración holística –como se decía años atrás– y global del conjunto de la literatura hispanoamericana. Comprobemos que, por ejemplo, muy recientemente, Arturo Echavarría la formula como premisa e interrogante previo a las consideraciones acerca de la tradición literaria europea con respecto a América:

Antes de intentar posibles respuestas a tales preguntas, quisiéramos volver atrás y compartir con ustedes una serie de reflexiones en torno a un asunto que de un modo o de otro ha estado presente en lo que hoy entendemos como el corpus de la literatura hispanoamericana desde sus mismos inicios. El asunto al que ahora aludimos tiene que ver con la tradición literaria en Hispanoamérica y, como consecuencia ineludible, con la existencia virtual o actual de una autonomía cultural, en especial, de una autonomía literaria americana. La pregunta que subyace a nuestras indagaciones, pues, remite a un postulado que se podría formular de la siguiente manera: ¿existe una literatura con características claramente delineadas, una literatura autónoma que se podría denominar en términos amplios latinoamericana y, en términos más ceñidos, hispanoamericana?¹⁹

En definitiva, como se sabe, las inexistencias²⁰ no se pueden probar y, en

¹⁸ Juan José Saer, «Una literatura sin atributos», en: *El concepto de ficción*, Buenos Aires: Ariel, 1997, pág. 274.

¹⁹ Arturo Echavarría, «América y (en) Europa: Borges y la tradición literaria», *Anuario borgiano «Conjurados»*, Milán: Franco Maria Ricci Editore, 1996, pág. 55.

²⁰ De cualquier manera, postular la inexistencia de la literatura hispanoamericana puede servir de advertencia en casos como la definición siguiente de *hispanoamericano*: «Perteneiente o relativo a españoles y americanos o compuesto de elementos propios de ambas partes. // Dícese más comúnmente de las naciones de América en que se habla el español, y de los individuos de raza blanca nacidos o naturalizados en ellas». (Real Academia Española, *Diccionario manual e ilustrado de la lengua española*, 4ª ed. revisada, Madrid: Espasa-Calpe, 1989, pág. 831). De un plumazo, este diccionario podría dejar en el exilio total a Garcilaso de la Vega (el Inca), César

este sentido, no hay que olvidar que la negación es presuposicional, lo que se niega está siempre, de alguna forma, en el contexto. Desde luego, a Sor Juana Inés de la Cruz no se le hubiera ocurrido interrogarse acerca de la existencia de la literatura hispanoamericana, y menos aún habría podido negar su existencia (que no es exactamente lo mismo que afirmar su inexistencia). Es más, la «afirmación» de la inexistencia de la literatura hispanoamericana, sobre todo en el caso de Martí, tiene un carácter claramente apelativo y programático. Resulta realmente curioso comprobar el talante metarreferencial de la pregunta acerca del concepto de «literatura latinoamericana». Precisamente al comentar la negativa martiana, Rosalba Campra subraya el papel de «voz privilegiada» de una conciencia de sí por parte de Latinoamérica: «José Martí consideraba imposible la existencia de una literatura si no existía, previamente, una esencia americana para expresar. Pero esta discutida esencia también se va construyendo a través de los libros. La literatura se hace cargo –o, más bien, este es el fardo que se le adjudica– de la peligrosa tarea de definir el ser».²¹ El laberinto conceptual y terminológico se ensimisma: la literatura como macrotexto identificatorio sería, en realidad, la proporcionadora de la visión y reconocimiento identitario y global, eso sí, dentro de un proceso que se reconoce como proteico y en constante discusión. Expresión de un deseo, esforzado y eterno ejercicio en el necesario arte del *wishful thinking* («pintar como querer», por decirlo en castellano derecho), pues nos conviene pensar que se hace camino al hablar.

Vallejo, Nicolás Guillén, Gastón Baquero... y, dependiendo del lugar en el que se sitúe el leucómetro académico, incluso a Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo por cuyas venas corría la sangre de la india Águeda. Por otra parte, inspirándose en las teorías y prácticas consagradas por el legendario Procusto, el Ministerio de Educación español ha zanjado el problema (no olvidemos que para el discurso académico-funcionario, el *Boletín Oficial del Estado*, constituye canon y referente teórico clasificatorio), pues un decreto de 1997 dejó en el limbo la «Literatura hispanoamericana», al determinar que es en el área denominada «Literatura española» [*sic*] en la que se tendría que encuadrar desde el *Popol Vuh* hasta Gonzalo Rojas. No nos quebreemos, pues, la sesera: en la Universidad española de 1998, el «área de conocimiento» de la literatura hispanoamericana no existe oficialmente a pesar de que la sola presencia de una sección titulada «Literatura hispanoamericana» en los sucesivos congresos de nuestra *Asociación Internacional de Hispanistas* serviría como testimonio empírico de ese territorio diferenciado de la taxonomía literaria, ya que, tras el simple orden alfabético acumulatorio corrientemente usado para la ordenación de las comunicaciones en las actas de la AIH hasta el VII Congreso de Venecia inclusive, se pasó a las categorías clasificatorias siguientes: «Literatura colonial» y «América» en el VIII (Brown); «Latinoamérica» en el de Berlín (IX), en 1986, y «Literatura hispanoamericana» en el de Barcelona, en 1989.

²¹ Rosalba Campra, *op.cit.*, págs. 22-23.